

En el Transiberiano

UNA HISTORIA PERSONAL DEL TREN
QUE FORJÓ UN IMPERIO



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2024

Edita: Reino de Cordelia

 @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia
 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Sara Mª Gutiérrez Torre & Eva Orúe Tella, 2024

Ilustración de cubierta: © Carlos Fernández del Castillo, 2023

Infografías: © Emilio Amade, 2024

Fotografías: Sara Mª Gutiérrez & Eva Orúe y Archivo Reino de Cordelia



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición

del Ministerio de Cultura y Deporte

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 978-84-189124-73-9

Depósito legal: M-4732-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

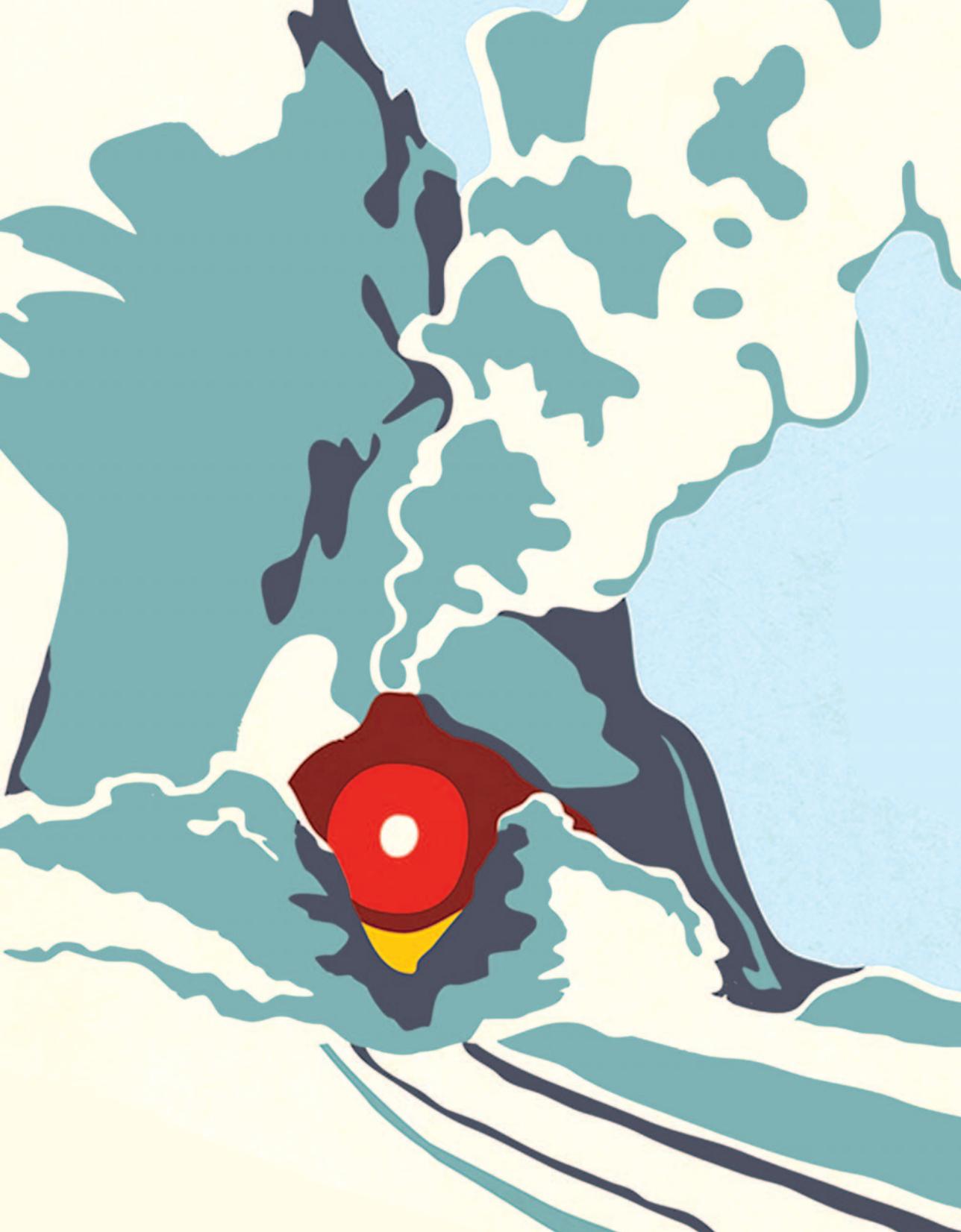
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

En el Transiberiano

UNA HISTORIA PERSONAL DEL TREN
QUE FORJÓ UN IMPERIO

Sara Gutiérrez y Eva Orúe





Índice

Antes de que salga el tren	15
Los preparativos	17
Nuestro encuentro en Moscú	19
El Transiberiano no existe	39
Primera etapa	67
Moscú-Ekaterimburgo	69
La Rusia zarista. El tren que hizo un Imperio	95
Segunda etapa	145
Ekaterimburgo-Irkutsk	147
La Rusia bolchevique. Bienvenidos a bordo de la Revolución	171
Tercera etapa	225
El lago Baikal y el segundo transiberiano	227
Cuarta etapa	271
Un tren ruso por tierra china provoca una guerra con Japón	273
Irkutsk-Jabárovsk	315
Quinta etapa	337
La Rusia del futuro: ¿capital Vladivostok?	339
Jabárovsk-Vladivostok	377
Cronología	391
La línea en cifras	399
Bibliografía	401

TRANS-SIBERIAN EXPRESS



MOSCOW-VLADIVOS



A nuestros sobrinos
Sara Patricia, Juan, Víctor, Sofía y Sarita



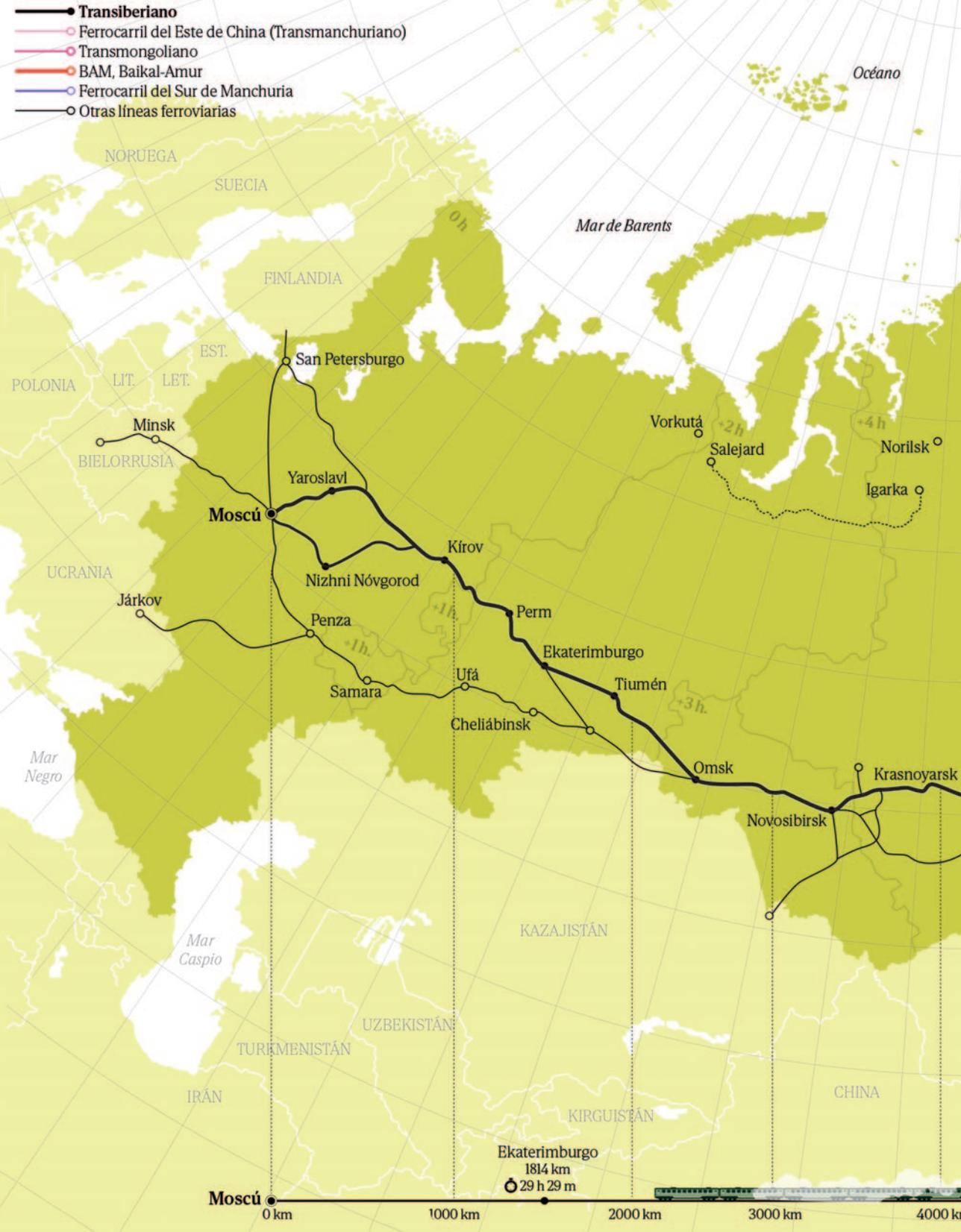
«Como todos los grandes viajeros —dijo Essper— he visto más de lo que recuerdo, y recuerdo más de lo que he visto».

BENJAMIN DISRAELI
Vivian Grey

«Hay mucho que decir contra los trenes, pero yo no lo diré. Me gusta el ferrocarril Transiberiano. Es una confesión de debilidad, lo sé; pero es sincera».

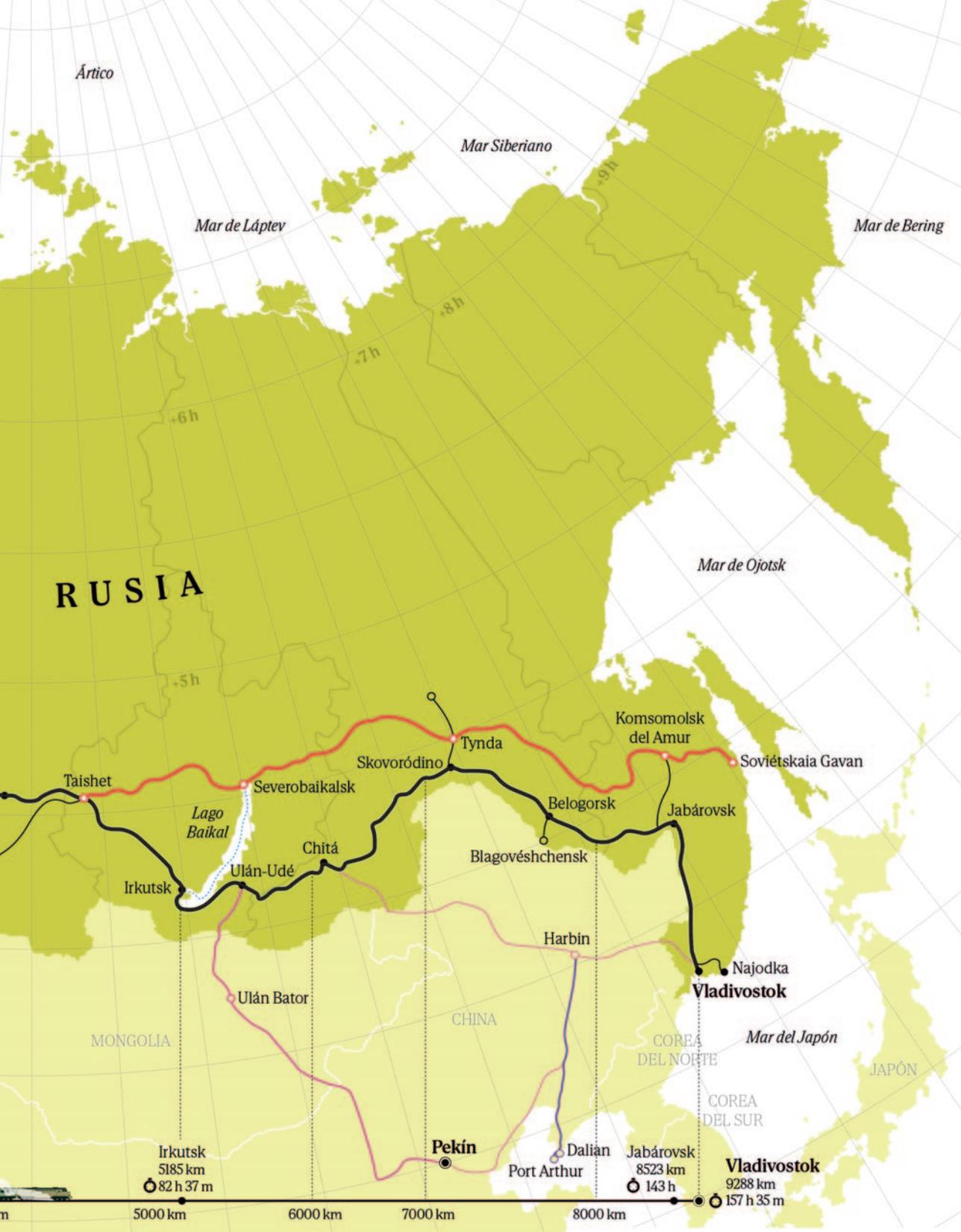
PETER FLEMING
One's Company: A Journey to China

- Transiberiano
- Ferrocarril del Este de China (Transmanchuriano)
- Transmongoliano
- BAM, Baikal-Amur
- Ferrocarril del Sur de Manchuria
- Otras líneas ferroviarias



Moscú ● 0 km 1000 km 2000 km 3000 km 4000 km

Ekaterimburgo
1814 km
○ 29 h 29 m





RECREATION IN WAR TIME: STOPPING DURING A NATIONAL DANCE AT A STATION ON THE TRANS-SIBERIAN RAILWAY

Cosacos rusos bailan en 1904 en un andén del Transiberiano.

Antes de que salga el tren

ESTA ES UNA HISTORIA entre miles posibles. La nuestra. Por eso, el texto circula por dos vías: una personal, nuestra experiencia en Rusia, nuestro viaje transiberiano; y otra, histórica, la línea transiberiana, lo que supuso, lo que cambió. En el primer caso, el ritmo lo marcan las etapas del recorrido que hicimos en tren en 1994, de Moscú a Vladivostok; en el segundo, los cinco bloques temáticos que hemos identificado.

Somos conscientes de que los escritos donde menudean los nombres rusos suelen ser fuente de confusión, porque las normas de transliteración cambian, y no siempre se acatan. En aras de la simplicidad, por lo general hemos respetado las transliteraciones ya asentadas, aunque sean erróneas (Witte, y no Vite; Ekaterimburgo, y no Yekaterimburgo; *soviétskaia*, y no *sovétskaia*), hemos adaptado a nuestra pronunciación las que hemos encontrado en otros idiomas (Kulomzin, no Koulomzine; Mijaíl, no Mikhail), siempre y cuando no fuera el nombre con el que autores rusos firmaban sus trabajos y, con alguna excepción que creemos justificada, hemos seguido las reglas más recientes cuando hemos traído a nuestro alfabeto todas las demás.

Por otro lado, y con el mismo objetivo de facilitar la lectura, nos hemos permitido actualizar el castellano de los muchos fragmentos de periódicos y revistas de finales del XIX y principios del XX que reproducimos.

Otra fuente de discrepancias es el calendario: los rusos utilizaron el juliano, no el gregoriano, hasta febrero de 1918, lo cual explica que la Revolución de Octubre se celebre en noviembre. Para complicarlo aún más, el cambio de uno

a otro no es siempre igual: para las fechas anteriores a 1900, hay que sumar doce días; para las posteriores, trece. Hemos puesto la fecha juliana cuando lo hemos creído conveniente, pero hemos dado prioridad a la gregoriana.

Al final del libro, el lector encontrará una cronología con los principales hitos de la historia que aquí se cuenta, así como una bibliografía donde figuran todos los libros y los artículos consultados que no se referencian en el texto.

Los preparativos



Litografía a color de Louis Charles Bombled (1862-1927)
sobre las obras de construcción del Transiberiano.



MOSCOW

Nuestro encuentro en Moscú

—**N**O TENEMOS NINGÚN inconveniente en ir detenidas. Es más, nos encantará conocer su comisaría, e incluso sus calabozos. Pero luego no se lamenta si le acusan de haber provocado un conflicto internacional.

Discusión zanjada.

Me miró con profundo desprecio, giró sobre sí mismo y se perdió entre la multitud agolpada a la entrada de la que seguía siendo la mejor tienda de deportes de Moscú.

—¡Qué tío, no me soltaba el brazo! ¿Qué me gritaba?

—Que no se puede vender en la calle. Que está prohibido.

—Y a mí qué me dice. Que se lo diga a todos estos.

—Estos a él le importan un comino. De ti creyó que podría sacar algo.

—La que quería sacar algo era yo, los calcetines de la mochila para probarme las botas. Gracias.

—¿Qué pasó?

—Hombre, ahora os acercáis vosotros. Nada, que Eva quería probarse las botas con unos calcetines que traía de casa, buscó un hueco para apoyarse en la pared, y un poli se le echó encima acusándola de estar vendiendo en la calle.

—¡Qué cara! No cabe un alfiler entre los puestos y la toma con ella. ¿Cuánto le disteis?

—Nada.

—¿Nada?

—Absolutamente nada.

—No lo creo.

—Peor para ti.

—Por curiosidad, ¿qué le dijiste?

—Que estaba violentando a la corresponsal de un importante medio español, que yo soy cirujana en el Fiódorov y que uno de vosotros es el cónsul de España. Aunque creo que lo que realmente le intimidó fue saber que no teníamos inconveniente en acompañarle a las dependencias policiales para aclarar el asunto.

—¡Que podía provocar un conflicto internacional, le dijo!

Cuando se nos pasó el ataque de risa, seguimos comprando.

Eva, el cónsul y un joven profesor universitario madrileño, habían quedado allí, a la puerta de Олимп (Olimpo), en el metro Улица 1905 года (Calle Año 1905), para eso, para comprar. Concretamente, para comprar esquís de fondo. Yo me había sumado a la cita la noche anterior, cuando, tras hacernos fotos en el comedor de su casa para no sé qué publicación diplomática, el cónsul me contó sus planes del día siguiente con gente que yo no conocía y me aseguró que la que fuera la principal tienda de deportes soviética aún conservaba reliquias tales como arcos de madera. Sin sospecharlo, había dicho la palabra mágica. Y comprar un arco de madera con su carcaj cargado de flechas para una arquera muy especial, a la que pretendía epatar con semejante regalo navideño, se convirtió en mi objetivo para aquel sábado 23 de octubre de 1993.

Efectivamente, había un arco y poco más. Tres bolas metálicas antiestrés que, no recuerdo por qué, adquirí y regalé a los tres varones de la pandilla (no hice distingos con el traductor de Eva; sí, fui consciente cuando me lo reprochó, con ella).

Y, cómo no, también compré esquís de fondo, de madera. Y las correspondientes botas, una especie de playeros reforzados. Pero esto, fuera, en el enorme rastro espontáneo e ilegal en el que decenas de ciudadanos trataban de sacarse un extra vendiendo los productos deportivos que tenían por casa. La tienda (tan emblemática que, en el momento de escribir estas líneas, el local sito en el 23 de Krásnaia Presnia, ya perteneciente a una marca privada, aún sigue vendiendo material deportivo) estaba vacía, pero conseguimos todo lo que creíamos necesitar. No descarto que parte de lo puesto a la venta en la calle procediera directamente del almacén, era frecuente que no hubiera nada a la vista en los comercios y que sus existencias se vendieran por la puerta de atrás; difícil saber si se trataba de

mercancía nueva o usada y mucho más si el precio era justo. Así que nos hicimos con lo que nos pareció que estaba en buenas condiciones y pagamos lo que nos pidieron, en cualquier caso, montos irrisorios para nuestros bolsillos.

Por alargar el encuentro, propuse ir al café más cercano (a una media hora andando), al del Дом Кино (Dom Kinó, Casa del Cine). Eva puso alguna pega porque, al parecer, se le hacía tarde para trabajar, pero las promesas de un buen café con leche fría y de llevarla a casa en coche la convencieron. Y allá nos fuimos todos con los esquís al hombro.

Se trataba de uno de los pocos lugares que frecuentaba, uno de los pocos que había, y conocía a la camarera. Cuando Eva pidió su café con leche fría, insistí en que no era un decir, que quería el café con la leche fría, a ser posible de la nevera.

—¡Es la primera vez que me ponen leche fría en los cinco meses que llevo aquí! *Spasibo*.

—No hay de qué. Ni te escucharían decir fría, creerían que te estabas confundiendo. Más ahora que ya hace frío de verdad. ¡Disfrútalo! Esperadme un momento, que ahora mismo vuelvo.

Vestí mi largo abrigo de visón encima del traje pantalón de manga corta, y los taconazos no me impidieron correr sobre la nieve escaleras arriba a comprar entradas para el cine. Eché un vistazo rápido a la cartelera y elegí a Kurosawa. Al despedirnos, regalé una entrada a cada uno para la primera sesión vespertina del día siguiente.

Y media hora antes de que comenzara, allí estaba yo. Con mis botas y mi anorak, a tono con las Panama Jack y la camisa de cuadros de la rizada que me tenía fascinada desde la víspera; el cónsul ya me había anunciado que no pensaba salir de casa con tamaña nevada. A punto estaba de entrar a tragarme sola *Los siete samuráis* cuando, sobre la campana, apareció la más esperada, que venía de cubrir un concierto de presentación de la musicalización de *Tirant lo Blanch* por la compositora catalana Leonora Milà i Romeu, se disculpó; detrás, su intérprete. Él, muy discreto, se sentó en las últimas filas; nosotras, en una de las primeras.



Fachada del Dom Kinó moscovita.

La voz del traductor de cabina apenas tapaba el original japonés, los subtítulos en finlandés no nos ayudaban y, para colmo, empezó a abrirse y cerrarse sin orden ni concierto la cortina que cubría la pantalla. Acabamos de nuevo en el café.

Brevemente, o no tanto, le conté que había llegado a la ciudad ucraniana de Járkov en 1989 con una beca soviética para especializarme en oftalmología, y que me había cambiado a Moscú hacía cosa de año y medio. Que al desintegrarse la URSS (evidentemente sabía que Gorbachov había firmado su finiquito el 25 de diciembre de 1991) decidí apurar hasta obtener el título de especialista que estaban a punto de darme, según el programa académico local, e intentar trasladarme a la capital rusa para completar mi formación, cumpliendo en tiempo y contenido lo exigido en España para homologar el título; y, cuestión no menor, estar cerca de un aeropuerto internacional por si las cosas se ponían feas. Que cuando en febrero del 92 había viajado a Moscú para enterarme de en qué situación legal me encontraba, nadie sabía nada: las instituciones rusas no se hacían cargo de los compromisos de las soviéticas (entre otros, se habían esfumado la posibilidad de ampliar estudios y el billete de vuelta a casa que incluía la beca) y la embajada española no consideró oportuno indagarlo. Que lo único cierto parecía ser que, tal vez por inercia y probablemente hasta que mi visado soviético expirara, nadie me echaría ni del hospital ni de la residencia en la que vivía; así que había salido de la embajada dispuesta, al menos, a agotar mi estancia en Járkov. Que, camino de la estación, había preguntado al improvisado taxista (no necesitaba explicarle que, ante el brazo levantado, paraba cualquier coche) por la clínica oftalmológica moscovita más famosa del momento, la de Fiódorov, reputada en la Unión Soviética por sus técnicas e instrumental punteros y, al poco, polémica en nuestro país porque operaba en un barco anclado en Gibraltar. Y que la conocía. Que sabía dónde estaba. Que cambiamos de rumbo y me dejó a las puertas de un moderno complejo hospitalario. Y que al tren nocturno para Járkov me había subido con una preinscripción que me aseguraba la continuación, a partir de mayo, previo pago de una matrícula en dólares (sufragada finalmente con una beca del Fondo de Investigación Sanitaria de España), de mi formación como especialista y de mi investigación para la tesis doctoral en el Complejo científico-técnico interdisciplinar «Microcirugía Ocular» Académico Sviatoslav Nikoláievich Fiódorov de Moscú (Mikof), donde me ayudarían también a prorrogar el visado por el tiempo que fuera necesario.

En cuanto a lo del aeropuerto cerca para salir pitando, le reconocí que unos días antes de nuestro encuentro, en plena asonada parlamentaria contra Yeltsin,

me habían ofrecido abandonar el país en el vuelo que, procedente de Tokio, se dirigía a Madrid, y había rechazado la propuesta. ¿Por qué? A saber. La convulsión moscovita formaba parte de un espectáculo que no quería perderme; el trabajo en el Mikof me encantaba; y, por raro que sonase, presentía que algo extraordinario me esperaba todavía en aquellas tierras.

—Es curioso que, habiéndote dejado tirada dos veces la embajada, tengas tanta relación con el cónsul. ¿Os conocíais de antes?

Sí, también le había contado lo del noventa. Cuando, recién estrenado el año, y sin grandes conocimientos de ruso, había acudido a la embajada para que me ayudaran a conseguir plaza (el billete lo pagaba yo) en un vuelo a España, donde en días debía incorporarme a las prácticas del puesto en el Cuerpo Facultativo de Sanidad Penitenciaria que poco antes de volar a la URSS había logrado por oposición; y me habían dado la espalda. Suerte que se apiadó de mí y me adoptó un niño de la guerra que se emocionó al oír nombrar la ciudad de su adolescencia, Járkov, y, amén de otros milagros, me puso en contacto con un delegado de Iberia que me solucionó el problema. No estaban las cosas como para renunciar a un puesto de médica funcionaria en un país que contaba ya con unos treinta mil galenos en paro, máxime cuando no tenía ni idea de cuál sería el fin de la aventura soviética.

Lo de cómo siendo funcionaria en prácticas había conseguido la licencia de estudios y la excedencia voluntaria, y de qué manera mi hermana, abogada primeriza, había hecho valer esta última en los tribunales cuando el ministro de turno la revocó, lo dejé para otro día.

—No. Nos conocimos la primavera pasada cuando fui a la embajada para tramitarle una invitación a mi tutora del hospital. Una cirujana buenísima, y guapísima, con la que congenié enseguida. Es la responsable de que aquí todo el mundo me llame Masha. Además de salir juntas de vez en cuando al cine o a alguno de esos bares que empiezan a abrir, paso muchas tardes en su casa brindando con su madre y charlando con su hijo veinteañero, que hasta me lleva a alguna fiesta con su pandilla. A veces me quedo a dormir —a qué venía dar tantas explicaciones, ni yo lo sé—. El caso es que este verano la invité de vacaciones a Asturias, con una jornada profesional en Oviedo de presentación del láser incluida. Y como no pueden viajar fuera sin invitación formal, fuimos a la embajada a dejar constancia de que me hacía responsable de ella en España. El cónsul se empeñó en que me costaba hablar español, y me emplazó a que le

pusiéramos remedio viéndonos de vez en cuando. Algo de razón debía tener, porque recuerdo a mi madre una mañana a la vera de mi cama encogiéndose de hombros y tendiéndome un zumo de naranja mientras decía: «Pues será, hija, pero no entiendo nada de lo que me dices»; y yo, recién llegada de vacaciones, no entendía por qué no me entendía, hasta que me di cuenta de que le estaba hablando en ruso. Por cierto, me habló de ti, el cónsul, me contó que hace poco murió tu abuela y te prestó dinero porque no te funcionó la tarjeta para sacar el efectivo del billete para ir al entierro, y me recalcó que eres muy famosa en España.

—Sí, fue una faena. Me habían bloqueado la tarjeta, y no podía faltar. Era la madre de mi madre, vivía con nosotros.

—Mi abuela materna también vive en casa, lo entiendo perfectamente.

—La única solución que se me ocurrió, no creo que hubiera otra, fue ir a la embajada a pedir ayuda. Y sí, enseguida me lo solucionaron. Me prestaron el dinero y ya. ¿Por qué Masha?

—Mira, tuviste más suerte que yo, influiría lo de ser conocida, ¡del cuarto poder! No sé. Cuando nos presentaron mencionó que Sara era un nombre hebreo y que qué bien que tenía también el María. Y así me fue dando a conocer al resto del personal, como Masha, Máshenka. No me importó. Suena muy dulce, muy acogedor.

Sus razones tendría (yo intuía cierto nerviosismo y una ligera intención de marcar distancias, aunque tal vez se tratara simplemente de un regreso a usos escolares o de que no quisiera nombrarme como a su hermana), pero, durante meses, ella misma evitaría también mi nombre de pila y, tirando de apellido, me convertiría en Guti.

De sí misma me contó atropelladamente poca cosa y yo prácticamente no pregunté. Había empezado a trabajar en los primeros años de carrera con uno de los radiofonistas más escuchados, había dejado el programa para irse de corresponsal a Londres y después a París, se había despedido de la radio para hacer un cursillo en la Universidad de Colorado, en Boulder, y durante un año recorrer América con una mochila a la espalda y otra al pecho, había vuelto a los seis meses para dirigir el informativo nocturno de una radio que empezaba pero finalmente le tocó subdirigir el de la mañana, y antes de cumplir el primer contrato anual, harta de pasarse las noches en la redacción, había salido pitando a la primera corresponsalía que le propusieron.

—En abril me mandaron a cubrir el referéndum de Yeltsin y me pidieron que averiguara los requisitos para abrir oficina en Moscú. Me ayudó con los detalles el de la SER, que era amigo desde los tiempos de Barcelona.

—¿Eres de Barcelona?

—No, soy de Zaragoza. Pero como no tenemos Facultad de Periodismo, Barcelona era el distrito universitario que me correspondía. Luego ya me quedé porque estaba trabajando.

En aquella época, me enteraría con el tiempo, vivía con su pareja, un colega periodista.

—Ya. Yo en parte estudié Medicina por eso, porque había facultad en Oviedo.

—Cuando llegué de Moscú, entregué el informe, cerré mi casa de Madrid, dejé en la emisora una carta para la aduana rusa y otra para la italiana, no estaba claro qué corresponsalía me encomendarían y a mí me daba igual una que otra, y me fui a la boda de un primo a Bretaña. En nada estaba aquí de vuelta, haciendo papeles y buscando muebles. Cómo sería todo de rápido, que mi cumpleaños, que es el 27 de mayo, ya lo celebré aquí.

Sí, más que rápido, porque el referéndum al que había aludido se había celebrado el 25 de abril.

—¿De qué año eres?

—Del 62.

—¡Anda, como yo! Pero soy un poco más joven, mi cumple es el 15 de diciembre.

La tarde había volado. ¡Menuda puesta al día! La intermitencia de las luces en el café nos echó a la oscuridad de la calle y allí nos despedimos. Sin más. A Eva le interesaba, en eso repararía más tarde, mi historia desde el punto de vista periodístico. A mí, ella.

A las dos semanas sucedió algo inaudito: recibí una llamada en el hotel del complejo hospitalario que era mi hogar. Una diplomática española, compañera y vecina del cónsul, con la que habíamos jugado alguna vez al bádminton (yo, fatal), organizaba una cena en su casa más que nada para invitar a alguien que la había impresionado días atrás, un aspirante a astronauta que, según me dijo, entrenaba en La Ciudad de las Estrellas (sí, el mismo que llegaría a ministro). Hice algo que no acostumbro a hacer: pregunté a quién más invitaría. No había acabado de decirme que a los corresponsales cuando ya le había confirmado mi asistencia, totalmente identificada con su propósito.

Y allí nos encontramos de nuevo. En una inolvidable fiesta de jóvenes promesas, en la que Eva me saludó dándome la mano, comimos exquisiteces propias de la época y el lugar, bebimos menos de lo acostumbrado en el país, bailamos al son de *Plátano Baloo* y reímos cuanto pudimos. El cónsul había tenido un altercado con un policía de tráfico y cuando llegó, tardísimo, no estaba de humor, así que pasó de sumarse al sarao. Yo, al acabar el jolgorio, a más de diez kilómetros de mi casa, no dudé en subirme al taxi de las dos corresponsales que me invitaban a dormir en las suyas. Cuando se bajó la primera, la de *El Periódico* (hoy escritora consagrada), anuncié mi propósito de continuar con Eva. Y con ella pasé el fin de semana.

Aquel domingo 7 de noviembre (25 de octubre del calendario vigente en Rusia en el momento de la revuelta bolchevique de 1917), yo me colgué al cuello su cámara de fotos y ella prescindió del traductor. En la entrada de la estación



Entrada al metro Oktiabrskaja.

de metro Октябрьская (De octubre, ni pintada para la ocasión), una veterana enfundada en la bandera soviética, al oírnos hablar en español, nos saludó sonriente puño en alto al grito de «¡No pasarán!». ¿Se referirá a los suyos o a los nuestros?, me pregunté. Casualmente, como había ocurrido en mi accidentada llegada a Járkov (de aquellos tiempos hablo en *El último verano de la URSS*. Reino de Cordelia, 2021), estábamos en pleno aniversario de la Revolución, aunque este de 1993,

por segundo año consecutivo, no era objeto de una gran celebración nacional sino de una evocación dividida, enfrentada. Fue una fructífera mañana de trabajo para Eva, plena de diversión para mí.

Antes de separarnos, fijamos la siguiente cita: en los próximos días, iría al hospital a que le hiciera una revisión oftalmológica. De dicho encuentro, al que acudió con el intérprete que habitualmente acompañaba a la corresponsal de *El Periódico*, el mismo que con el pasar de los años dirigiría la oficina de RIA Novosti en Madrid, a la postre, un buen amigo, lo que más le he oído comentar

a Eva es que le escupimos en el ojo. El equivalente a que le medimos la tensión ocular con un modernísimo tonómetro de aire, también desconocido para mí hasta mi aterrizaje en el Mikof.

En pago, su propuesta para el viernes siguiente no podía ser más atractiva: ir con ella a hacer un reportaje sobre el alcoholismo —un problema tan grave que por el hospital había carteles pidiendo que no bebiéramos alcohol antes de entrar a quirófano—. El Centro de Desintoxicación Etfilica, nada que ver con la clínica que había imaginado, era una especie de comisaría a la que llevaban a los borrachos que encontraban por la calle para que se rehidrataran y durmieran la mona (en condiciones poco salubres, dicho sea de paso), registrarlos y, en función de su situación personal, amonestarlos o multarlos. Recompusimos casi todas las entrevistas en el café de Dom Kinó cuando Eva se quejó de lo flojas que eran las declaraciones. El traductor, me chivé, había aligerado tanto sus preguntas como las respuestas, lo cual, habida cuenta de que, por mucho que estuviera contratado temporalmente por una empresa extranjera, seguía siendo un empleado del Estado, fijo en Radio Moscú, un patriota que se debía a su país, no era de extrañar.

A la vista de los resultados —el Premio al Mejor Trabajo Periodístico Español en el Extranjero en 1993 que el Club Internacional de Prensa concedió a Eva correspondía, fundamentalmente, a su labor como informadora durante los altercados de finales de septiembre y el asalto al Parlamento del 2 de octubre, casi un mes antes de conocernos—, no parece que necesitara mejores traducciones para hacer bien su trabajo, pero es indudable que aquella tarde estrenamos una colaboración brillante. Su vasto conocimiento de la situación política y mi empatía con la manida alma rusa casaron a la perfección.

Entusiasmada con el intercambio de cromos profesionales, la invité a quirófano. Me había comentado que de pequeña solía ir con su padre, anestésista, cuando le llamaban en día feriado para alguna urgencia, pero que no era algo que la entusiasmara. No corrí mejor suerte. Apenas le impresionó ver a través de la pantalla de la antesala las mismas imágenes que, si lo estimaba oportuno, estaría viendo también el todopoderoso Fiódorov en su despacho (o eso nos decían): mis manos, aumentadas por el microscopio, extrayendo un cristalino opaco, una catarata, y colocando una lente intraocular; eliminando un colgajo profundo de esclera, entre otras finas maniobras, para aliviar un glaucoma; o, lo más espectacular del momento, marcando una córnea para ahondar en las

líneas tintadas con el bisturí graduable de diamante, fabricado a pocos pasos de nosotras, y reducir así una miopía. Una vez más, su relato, centrado en lo raída que estaba la bata que le habían puesto, rebajó la experiencia a la categoría de anécdota. Lejos de sospechar de su natural resistencia a implicarse emocionalmente, deduje que la clínica no le interesaba lo más mínimo y me apliqué en la búsqueda de otros puntos de conexión. Pero antes, le hice un obsequio que, estaba segura, nadie le había hecho: me presenté en su casa con un ojo metido en un pequeño bote de mermelada con la tapa a cuadros rosados y blancos.

—¿Y esto?

—Un ojo.

—No, eso ya lo veo.

—Es para que aprecies algo maravilloso: el cristalino.

Y al tiempo que hablábamos con la vista fija en el ojo, hice una ligera presión, para que, por la incisión que previamente había abierto en el límite de la córnea, saliera el cristalino.

—¡Es como una lenteja!

—¡*Efectiviwonder!* Como una lenteja transparente y flexible, escurridiza.

—Ostras, ¿cómo se te ocurrió traerme un ojo?

—Pensé que te haría gracia y que podía cumplir todavía una misión antes de desaparecer.

—Es raro.

—¿Te prestó verlo de cerca?

—¡Salió la asturianina! Sí.

—Una pena que no haya conservado los huesos. Te hubieran encantado. Porque no llevo joyas, que, si no, me hubiera hecho hacer un húmero...

—¿Qué huesos dices que no conservaste?

—... es precioso. Los del muerto que tuve. La calavera se la regalé a una amiga.

Se la había llevado a mi primera novieta, cuando todavía no lo era y yo sutilmente trataba de que algún día lo fuera, en una caja, envuelta en un papel del que teníamos cientos de metros en casa —de una mercería que lo había usado para saldar parte de su deuda con mi padre—, como regalo por su santo, al campamento burgalés en el que esperaba coincidir de nuevo con ella. Si hubiera accedido a colgar los hábitos, nuestra historia habría sido otra.

—*Nichego ne ponimaiu.* No entiendo nada.

—Cuando estaba en primero, a medio curso, un día vino mi padre y me dijo que un enterrador le había avisado de que iban a pasar los cuerpos de las tumbas que no pagaban el alquiler a la fosa común, que si quería ir a por unos huesos era el momento.

—Alucina vecina. ¿Así de fácil?

—Sí. Solo me pidieron que llevara un papel sellado por la Facultad, no recuerdo bien si del o al Ayuntamiento. Y, como no tenía ni idea de anatomía, le pedí a un amigo que estaba en sexto que me acompañara para escogerlos porque yo qué sé, igual me pasaban por delante maravillas y me volvía con costillas y fémures solo. Pero podía haber ido sola porque tuve muchísima suerte: uno de los esqueletos salió completo, ¡y con los dos pies en los calcetines!

—¡Quién quiere que le toque el gordo pudiendo ganarse dos pies esqueléticos!

—¿Tú sabes lo que es tener el pie completo dentro de un calcetín? Ahí hay una pila de huesinos. De otra manera, imposible pillarlos.

—Ahhh.

—Me quedé con uno, y el otro lo llevé a la facultad.

—¿Y el resto se quedó allí? Ah bueno, no, te llevaste también la calavera.

—No, no, me lo llevé entero. Lo envolvimos en unos sacos que nos dieron, lo metimos en el maletero y para la bañera.

—¿Cómo que para la bañera? ¿Para la bañera de quién?

—De mi casa. Para limpiarlo estirado. Allí estuvo a remojo unos cuantos días. Se encargó mi madre porque, lo que es yo, ¡menudo asco los gusanos secos flotando y el pedazo mechón de pelo rubio que no caía ni *p'atrás*! Le echó cloro rebajado, lejía fuerte, que le trajo mi padre. Mi padre tenía una fábrica de lejía, con un nombre bien guapo, Snidia.

—No te vayas por las ramas. ¿De verdad lo tuvisteis a remojo en la bañera? Tabicaríais ese baño.

—Sí, *home*, y qué más. Es el único que tenemos. Mi padre evitaba entrar, eso sí; nunca lo dijo, pero me temo que se arrepintió más de una vez de haber liado aquella movida. Mi madre no callaba con lo buenos que eran los calcetines, parecía que le daba pena tirarlos. Y luego la bromita de: «Hoy sí que están sabrosos los garbanzos». Fue una juerga, la verdad. ¡Y un asco!

—Sacarías buena nota.

—¡Como *pa* no! Ya era monitora de prácticas desde finales del primer trimestre, pero lo del esqueleto fue un puntazo. ¿Tú sabes la de agujeros, surcos, crestas y demás accidentes que tienen los huesos? ¡Una pasada!

—No me puedo creer que así, sin más, te llevaras un esqueleto del cementerio a casa.

—Para estudiar, no me pareció raro; ahora que lo estoy hablando contigo, igual sí, no sé. Yo estaba encantada, pero el compañero que fue con nosotros creo que lo pasó un poco mal, aguantó el tipo porque tenía su propio interés, me tiraba los tejos y era de suponer que esto le haría sumar puntos. Lo mejor fue que él estaba deseando irse a su casa y a mi padre no se le ocurrió mejor cosa para agasajarle que parar en un bar que hay al poco de salir del camino del cementerio e invitarle a un vermú: se le demudó el rostro cuando entró una pareja de la guardia civil y entablaron conversación con nosotros. O eso me pareció. Aunque no teníamos nada que ocultar. Creo que pocas veces se habrá sentido tan aliviado como cuando lo dejamos en su portal.

—¿Sabes quién era?

—¿Quién, el muerto? Ni idea. Ni se me ocurrió preguntar.

Al instante, esa cuestión, que lo dotaba de identidad, me inquietó, y me hizo imposible salir a la tenebrosa noche moscovita y cruzar la ciudad con un desconocido. Me quedé a dormir.

De no haber sido por la visita de sus padres y su hermana, para los que compré entradas —como siempre ocurría con el Bolshói, a los revendedores del atrio— e hice de cicerone más de una tarde, noviembre nos habría despedido bajo el mismo techo. En cualquier caso, mi treinta y un cumpleaños ya lo celebré en el 93 de Leninski Prospekt (Avenida de Lenin), el complejo habitacional en el que vivían unos cuantos corresponsales españoles. Y a finales de año, mientras Eva cumplía con las navidades que había comprometido en verano, nuestro amigo motorizado y mis hermanos, que habían viajado a Moscú para visitarme, me ayudaron con la mudanza definitiva.

Fue en el descanso de una función circense, mientras mi hermano contemplaba el prodigioso cambio de pistas del Gran Circo Estatal de Moscú, cuando, armándome de valor, con la ayuda de una nariz roja que aún conservo y no acierto a entender por qué compré para la ocasión, le dije a mi hermana que me iba a vivir con Eva. Su sonrisa aprobatoria y el desvío de la conversación hacia su propio noviazgo fueron suficientes para hacerme sentir un poco menos clandestina.

En el hospital a nadie extrañó que me trasladara a la que consideraron la colonia española, aunque ello supusiera algunos ajustes en mis horarios eirme corriendo sin los masajes de fin de jornada que otrora tanto disfrutara. En mi nuevo vecindario sonaba igualmente lógico que prefiriera vivir rodeada de compatriotas y mi presencia les resultaba indiferente, si acaso útil cuando hacía falta un médico.

Cirujana e investigadora de mañana, intérprete y aprendiz de periodista de tarde, para finales de la primavera tenía la tesis doctoral terminada y la promesa de un carné de prensa que por fin llegó en julio.

Pretendíamos abarcarlo todo, no queríamos perdernos nada de la vida ni de aquel Moscú que corría desesperado tras su sueño occidental alumbrando bancos de dudosa solvencia, alojando comercios de precios desorbitados y tolerando nostálgicas manifestaciones, aquel Moscú exagerado que no conseguía ser acogedor. Aquel Moscú del que de vez en cuando huíamos por la puerta del Hotel Slavyanskaya para ver el último estreno de Hollywood y cenar un lomo alto fileteado, o la del Metropol para disfrutar de un chocolate caliente y limpiarnos las botas en el cepillo mecánico de su entrada principal, o la de cualquier hotel simplemente para visitar el baño (no había cafeterías y los servicios públicos de las estaciones solían estar impracticables) o hacer una llamada al extranjero (sin cabinas públicas, y con un sistema que obligaba a reservar las conferencias desde las centrales de teléfonos, era la única manera de que Eva pudiera transmitir a tiempo sus crónicas cuando la acción la pillaba lejos de la oficina, donde tenía un aparato por satélite que le permitía conectar sin intermediarios, de coste prohibitivo pero imprescindible para su labor).

Volver a casa, sobre todo si lo hacíamos en metro, prolongaba el solaz, a veces hasta nos bajábamos en ciertas paradas (Plóshad Revolutsi, Kiévskaiakoltsevaia, Komsomól'skaia-koltsevaia, Maiakóv'skaia, Novoslobód'skaia, Novokuznétskaia, por citar solo algunas) simplemente para deleitarnos con la forma de los espaciosos andenes —siempre centrales, entre las vías de ambas direcciones—, las lámparas, los mosaicos, las esculturas, los bajorrelieves o los vitrales. En un Moscú apenas capitalista (en el momento de acumulación salvaje de capital, solíamos decir que estaba) que no lograba superar las dramáticas penurias soviéticas (la muestra más dolorosa era la concentración de *bábushkas*, de abuelas abrigadas con toquillas de lana vendiendo tabaco, cerillas, gasas o cualquier cosa que les quedara por casa en las calles heladas, en las escalinatas de

entrada al metro o en los *periulok*, los pasadizos entre calles), las monumentales huellas del pasado seguían siendo su mayor atractivo.



Cola de visitantes para el Mausoleo de Vladímir Illich Lenin.



A punto de bajar a las alcantarillas.

Por eso, temerosas de que de un momento para otro lo clausuraran, una tarde en la que la Plaza Roja relucía tapizada de cristalillos helados, entramos al Mausoleo de Lenin. Ante el cuerpo embalsamado de Vladímir Ilich, la radio de onda media que Eva llevaba siempre encima se puso inopinadamente a sonar; la estricta llamada al orden de los guardias y la mirada reprobatoria de los presentes nos dio la pista de que no corría tanta prisa, había momia para largo. De

hecho, todavía andan a vueltas con su cierre.

Los nuevos tiempos traían nuevas excentricidades y la de un grupo de moscovitas resultó ser recorrer el alcantarillado de la zona centro y celebrar en el subsuelo un cumpleaños, al que nos invitaron con indicaciones muy claras sobre el código de vestimenta (botas, pantalones de peto impermeables, chubasquero y casco) y dónde encontrar lo que no era otra cosa que un traje de pocero. Nosotras, por lo que pudiera ocurrir, añadimos guantes. Y resistimos la tentación de probar la tarta que habíamos visto avanzar en una diminuta lancha hinchable surcando aguas residuales.

Productos de todo tipo comenzaban a ocupar tímidamente los anaqueles de las tiendas, y a pesar de que el kilo de tomates frescos costaba el equivalente a mil pesetas (hoy, decir seis euros no es nada porque algunos ya superan ese precio, pero en los noventa, mil pesetas daban todavía para muchos tomates), la novedad era que empezaba a haberlos. Celebrábamos la apertura de cada nuevo super-

mercado en el barrio como si realmente fuera a evitarnos hacer kilómetros para rellenar una precaria cesta de la compra y librarnos de comer pollo de los bloques de hielo troceados a golpes contra los bordillos de la acera, para acabar dándonos cuenta de que alimentarse todos los días de panetone y espaguetis con pesto resulta tan poco saludable como el atiborre diario de los siempre disponibles, en tiempos no tan remotos, champán y cangrejo real rojo, incluso caviar.

Entre el hervidero de noticias cotidianas, destacaba la solemnidad de las fiestas señaladas; y aquel 1994 nos deparó una memorable manifestación del 1 de Mayo. Ya no lucían sobre las fachadas de los grandes almacenes estatales GUM (Glavny Universalny Magazin, Tienda Universal Principal) y el Museo de Historia, en la Plaza Roja, los rostros de Marx, Engels y Lenin, pero banderas soviéticas y uniformes cargados de medallas revestían las calles; eran muchos más los lamentos por la oportunidad perdida que las reivindicaciones de mejoras laborales. Grabamos declaraciones de los manifestantes de a pie, pero también de los líderes políticos que encabezaban la marcha, y que, una vez habían respondido a mi «*S Pervym Maia, tovarisch!*» (¡Feliz Primero de Mayo, camarada!) con un apretón de manos, accedían con gusto a hablar ante el micrófono que Eva les había plantado delante. Táctica que, sustituido el saludo del Día del Trabajador por un genérico «*Zdravstvuite, tovarisch!*» (¡Buenos días [tardes o noches], camarada!), nos daría excelentes réditos.



Sara Gutiérrez en la manifestación del 1 de Mayo.

Aunque de sus visitas al hospital nunca lo hubiera sospechado, mi trabajo también se benefició de nuestro tándem. Gracias a las pacientes revisiones de Eva, pude presentar una tesis doctoral exenta de faltas de ortografía. No sé si el tribunal apreció el importante detalle, pero seguro que sí lo hicieron los editores del libro al que dio lugar (*Retinosis pigmentaria: estudio comparativo de la metódica y resultados del tratamiento en España y la Unión Soviética*. Universidad de Oviedo, 1995).

Y no era tarea sencilla, porque escribí la tesis a mano, en dos cuadernos que siempre viajaban en mi maleta y que no consigo localizar. A mano porque, aunque había empezado la carrera de informática en el curso 86-87 (renuncié a la plaza cuando me denegaron la beca por tener ya una licenciatura) y había hecho al poco un cursillo básico en el Colegio de Médicos, ni disponía de ordenador ni me había planteado que tenerlo fuera posible. En Moscú usaba una computadora de mesa en la consulta para los cálculos propios de la cirugía refractiva y el análisis de datos, pero el primer portátil que recuerdo haber visto, a finales del 92, pertenecía a un compañero libio que decía ser sobrino de Gadafi y se jactaba de comprar el mejor cordero de la capital rusa y guisarlo como nadie. El segundo, creo que fue el de Eva. De internet no sabríamos hasta avanzado 1996, cuando el responsable de prensa de la Embajada de España en Moscú nos enseñó en su casa, como si de un truco de magia se tratara, la página web de *El País*. En cualquier caso, no tendríamos correo electrónico ni un acceso más o menos fluido a la red de redes hasta meses más tarde, ya en París. Así que no era fácil seguir el hilo de la tesis sin descolocar las referencias bibliográficas; como no lo era encontrar noticias, más allá de la actualidad política. Tarea esta última que se complicaba por la regla según la cual los hechos se convierten en noticia no cuando se producen sino cuando una redacción los eleva a tal categoría y los

compra; como aprendí en mi curso acelerado de periodismo, en la transacción cuentan con especial peso específico lo local y el número de muertos.

Por el primer parámetro, yo misma me convertí en objeto de una entrevista firmada por Eva que *La Voz de Asturias* publicó aquel invierno, y que animó a mi padre a invitarla a una mariscada la primera vez que pisamos juntas Oviedo; el recorte de periódico correspondiente cuelga en nuestro despacho desde que mi madre, años más tarde, nos lo regaló enmarcado. Del segundo tomé conciencia enseguida, si bien la confirmación irrefutable de que así era me llegó con el secuestro, en octubre de 1995, de un autobús con veinticinco surcoreanos y dos rusos (el chófer y el guía) en las inmediaciones del Kremlin, camino de la Plaza Roja, que los jefes de Eva no consideraron oportuno



Entrevista de Eva Orúe a Sara Gutiérrez en *La Voz de Asturias*.

llevar a antena hasta que un francotirador, más de diez horas después, mató al secuestrador.

Quizás por eso, por lo azaroso de informar, se especializó en contar, en contagiar su asombro por cuanto la rodeaba sin importarle trasnochar para deleitar en directo a los fieles de *La Rosa de los Vientos* o madrugar para seleccionar la primicia que compartiría con los oyentes de *Protagonistas* a media mañana. Y para eso era estupenda aquella mirada quisquillosa que me había incomodado en sus visitas al hospital y que no reprimió cuando acudió en Madrid a recoger el Premio del Club Internacional de Prensa.

—¡Menudo tomate lleva el ministro!

—¿Que qué? ¿Qué ministro?

—El que habló en nombre de los premiados. Tiene un pedazo agujero en los calcetines.

—No me fijé.

—¿Y viste los pelos de la baronesa? Yo buscando una falda para cumplir con el protocolo y ella, directamente de la ducha.

—En eso sí me fijé. Pensé que podíamos habernos ahorrado la peluquería.

—Pero lo más de lo más es la falta de ortografía en el premio. Mira.

Me acercó el curioso trofeo formado por dos figuras humanas, una firme, la otra doblada en equilibrio paralela a su espalda con un ojo flotando en el espinazo, sobre una peana con una placa en la que, en la primera lectura, no vi nada extraño.

—¿No lo ves?

Volví a leer la inscripción.

—¡Extranjero con g! Ya les vale. Díselo y te lo cambiarán.

—Ya se lo dije. Pero no, no, me quedo con este. Tiene más valor.

—¿Te fijaste en la forma?

—Se agarra bien.



El rey entrega a Eva Orúe el Premio del Club Internacional de Prensa.

—Parecemos nosotras. Hasta el ojo del Mikof tiene.

—Anda, es verdad, no me había fijado.

—¿De qué os reís?

La que nos interrumpía era la madre del novio de la boda en Bretaña, que había venido de Francia para la ocasión porque, como ella misma explicó, no esperaba que Eva se casara y, por tanto, no creía que fuera a haber ceremonia más solemne a la que pudiera invitarla.

—De la falta de ortografía que tiene el premio.

Y nos acercamos al corrillo en el que el monarca campechano estaba asegurando que era oyente de Eva.

Al poco, yo también lo era. En la distancia, mientras cerraba en Oviedo los últimos detalles para entregar los ejemplares de la tesis que habría de leer el 18 de julio en la austera sala de grados de la Facultad de Medicina, el fax y la radio nos mantenían en contacto.

«Los días vividos en Madrid pasaron como una nube, halagada y regalada por los míos, entre los cuales tú ocupabas una plaza especial. Te sentía más presente que nunca y, sin embargo, me obligaba a “alejarte”». Leerlo me retrotrajo a los últimos años de universidad, a las fiestas nocturnas en las que dos más que amigas, para mantenernos cerca, ligábamos con dos amigos, todos compañeros, y así no desentonar; a aquella relación que reventó de dolor por todos los costados.

Era extraño oírlo al teléfono con una voz tan diferente de la que acababa de sonar en la radio.

—¿Qué tal te salió?

—Bien, muy bien. Las pasé un poco canutas, porque cuando fuimos a poner las diapositivas que traje, no cabían en el carro del proyector, tienen los marcos muy gordos y hubo que cambiarlos todos a la carrera.

—¿Por qué harán todo tan mazacotudo estos rusos? Parece mentira. Van a la luna, y son incapaces de fabricar nada práctico que tenga sentido.

—Ya. Menos mal que aparecieron unas diapositivas de no sé qué que destrozamos, les quitamos los marcos y se los pusimos a las mías, que no se dañaron gran cosa; se desmontaban muy bien, la verdad.

—Pero eso ya te pondría nerviosa.

—No creas. Estaba más nerviosa por lo de mi abuela. Tenía allí a buena parte de la familia.

—¿Cómo está?

—Mal, muy mal. Me mira como preguntándome, ¿realmente no vas a poder hacer nada? Es desesperante. Y alrededor, todo el mundo opinando, hablando por hablar...

—Tú no te agobies. Estate con ella lo más que puedas y ya. ¿Qué tal el caviar?

—Esa sí que fue buena. En el restaurante, uno de los mejorcitos de aquí, cuando abrieron las latas que traje, me llamaron a la cocina para que diera el visto bueno antes de servirlo: que no tenían criterio para decidir si estaba bueno o no, me dijeron.

—Igual creían que querías envenenar al tribunal.

—No, *ho*, que se portaron muy bien. Por cierto, la comida me costó un ojo de la cara, es una costumbre rara esa de tener que invitarlos. En comparación, el caviar, una ganga. Pero bueno, todo acabó fenomenal.

—Me alegro mucho de que te haya salido bien, doctora. Ahora descansa y tómate todo el tiempo que necesites con tu abuela. Llámame en un par de días a ver cómo va.

A mi abuela, la madre de mi madre, la que me animaba a devorar los libros asegurándome que si a ella la hubieran dado la oportunidad de estudiar, habría ido a Rusia andando (supongo que por curiosidad, por afinidad ideológica no era, seguro), la que me había inculcado el gusanillo de viajar, la que me había convertido en la más rápida haciendo cálculos mentales a base de tardes jugando al tute y al dominó, la que muchas noches me contaba batallitas de la guerra civil y solo permitía que la gravedad impregnara el relato al recordar el fusilamiento de su querido hermano pequeño recién ordenado sacerdote, la que se quedaba con mi hermana subnormal (así se referían todos a quien una vuelta de cordón había dejado muda y parálitica) para que los demás saliéramos y nos divirtiéramos, la que siempre nos pedía de regalo unas piernas nuevas, la que decía que la fe te la quitan los curas y nos mandaba a misa los domingos, la que se había separado del padre de sus seis hijos en cuanto las dos mayores se casaron y embarcó a los dos varones para México, la que se había ido a la ciudad con las dos pequeñas a empezar de nuevo y según llegábamos al pueblo nos preguntaba si habíamos ido a ver al abuelo, la que me decía que nadie había vuelto del más allá pero que tal vez alguien (¿nosotras?) estuviera destinado a quedar de muestra..., a mi abuela, a la que los nietos llamábamos madre, le había dado un ictus mientras charlaba tranquilamente conmigo en vísperas de

San Juan. Y al poco, también la madre de mi padre sufrió un derrame cerebral. Las dos coincidieron en la misma planta de hospital. Las dos fallecieron antes de que llegara agosto.

Aún hube de acudir, un par de días antes de mi regreso a Moscú, a la boda de una prima, planificada con más de un año de antelación, para que la muerte alterara el curso de las cosas lo menos posible. Nada más cierto que el aforismo «la vida sigue».

El caso es cómo.

—Anulamos el viaje.

—De ninguna de las maneras.

—Podemos dejarlo para otro momento.

—No habrá otro momento.

—Lo habrá.

—No, para ti este viaje tiene sentido ahora. Y a mí también me sentará bien.

Viniendo como venía de trabajar en un hospital de Járkov y de haberme movido no poco por la extinta Unión Soviética, sabía muy bien que Moscú era solo una muestra, en ese momento menos representativa que nunca, del enorme país que es Rusia. Así que, aprovechando que ya se podía viajar libremente, sin necesidad de invitaciones ni permisos especiales, en mayo, antes de despedirnos en España, me había agarrado a la ambición periodística de Eva y, para las vacaciones veraniegas, le había propuesto un viaje que le permitiría tener una visión más amplia, más global, más auténtica de la nación sobre la que estaba informando, y que nos regalaría tiempo para charlar, conocernos mejor y, tal vez, decidir un futuro juntas: el Transiberiano.

El Transiberiano no existe

¿**E**XISTE SIBERIA?

Esa planicie desmedida, temible, helada e infernal, generosa en materias primas, trituradora de hombres, tierra de taigas y tundras, de ríos caudalosos y lagos abisales, escasa en montañas pero volcánica, cuyo nombre procede del turco «tierra dormida» o tal vez se lo toma prestado a los nómadas eurasiáticos llamados sibirios, ese espacio más grande que la vida, santuario de la muerte, mítico a la par que bien real, que se despereza de oeste a este desde los Urales hasta los mares de Ojotsk y del Japón y crece de sur a norte, desde la frontera al otro lado de la cual están Kazajistán, Mongolia, Corea del Norte y China hasta bañarse en las aguas del Ártico... esa Siberia, administrativamente, no existe.

Ninguno de los sujetos o entidades constitutivas de la Federación Rusa se llama así, y el Distrito Federal que así se llama, cuya capital es Novosibirsk, no incluye el Lejano Oriente, limita al este con el distrito así llamado y al oeste con el del Ural. Desde luego, es Siberia... pero no es S I B E R I A.

Para los soberanos de todas las Rusias, apenas era una referencia de cuyas riquezas enterradas no tenían, o parcamente, noticias y que por supuesto no conocían personalmente ni consideraban oportuno visitar. El primer gobernante que se autodenominó oficialmente zar, Iván IV (1530-1584), por buenas razones conocido como Grozni el Terrible, fue también el primero en sumar «Señor de toda la tierra siberiana» a sus otros títulos. Sus galones: haber conquistado la tártara Kazán, enclave musulmán a medio camino entre Moscú y Ekaterimburgo, a la vera del río Volga, que impedía la expansión rusa hacia el este.

El mérito sobre el terreno corresponde a Yermák Timoféievich, un atamán cosaco que en 1581 cruzó los Urales, saqueando y reclamando para su jefe supremo esa región que ocupaban los tártaros, lo cual le ha valido que, en algunas crónicas, se le bautice como el «Pizarro ruso». Sin embargo, el primero en llegar por tierra al otro lado, el primero en mojar sus pies en aguas del Ojotsk, fue Iván Moskvitin, él plantó la bandera imperial en el confín del continente. Entre la incursión de uno y la aventura del otro transcurrieron cinco décadas.

«En el siglo XVII aparecieron sobre el Amur los primeros destacamentos moscovitas», leo en los apuntes de Vladímir Arséniev, excelente conocedor del río más largo del Lejano Oriente ruso y uno de los diez más largos del mundo, que nace de la unión del Shilka y el Argún y desemboca en el estrecho de Tartaria, donde forma un estuario en el que se conectan el mar del Japón y el de Ojotsk.

Los cosacos, a la búsqueda de tierras fértiles, habían conquistado la mayor parte de Siberia y alcanzaban el Océano. Los indígenas les resistieron primero heroicamente, pero tuvieron que ceder ante el número. Entonces emigraron a China; pero cuando más tarde los chinos recuperaron la región del Usuri, no dejaron volver a los dauro-diutcheros a su territorio y establecieron frente a Rusia, para protegerse, una zona desértica que frenó el desarrollo del país. Los rusos no volvieron hasta el siglo XIX. En 1860, un barco de guerra ruso echó el ancla en la bahía del Gran Trepang, en el emplazamiento de la actual Vladivostok; la China, debilitada, cedió al gobierno ruso la orilla izquierda del Amur, y millares de colonos cosacos fundaron en toda la región una cadena de puestos militares. Se construyeron pequeñas ciudades y se organizaron estaciones de avituallamiento, pero el centro de la comarca quedó salvaje.

Puede que el nombre de Arséniev les diga algo. Explorador, naturalista, cartógrafo, ha pasado a la historia de la literatura por el relato de las expediciones que le fueron encomendadas, aunque debe su fama a su amistad con un personaje extraordinario, al que convierte en protagonista de su texto: Dersú Uzalá.

Tenía algo de particular. Hablando de una manera simple y en voz baja, se comportaba con modestia, pero sin la menor humildad... En el curso de nuestra larga conversación, me contó su vida. Tenía delante de mí a un cazador primitivo

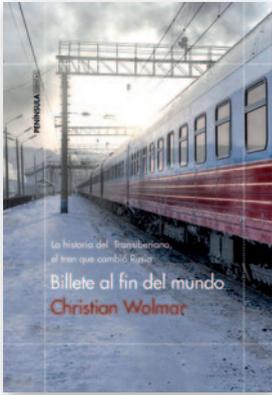
que había pasado toda su existencia en la taiga. Ganaba con su fusil para ir tirando, cambiando los productos de su caza por tabaco, plomo y pólvora que le facilitaban los chinos.

Tras abrirse paso hacia Siberia, Rusia fue más que Rusia. Escribe Ian Frazer que «los occidentales dijeron a los zares del siglo XVII que su dominio excedía el tamaño de la superficie de la luna llena», cosa que les agradó, porque «probablemente no examinaron demasiado de cerca las matemáticas de la declaración». Al leer este aserto, me vinieron a la mente retazos de una frase muy recurrente que relaciona «matemáticas» con «belleza» y «naturaleza». La encontré en uno de esos recopilatorios virtuales de citas célebres, proverbios y refranes que nos permiten acicalar los textos propios con destellos ajenos: «Para aquellos que no conocen las matemáticas, es difícil sentir la belleza de la naturaleza. Si quieres apreciarla, es necesario aprender el lenguaje en el que habla». Quien la acuñó fue el físico teórico estadounidense Richard Feynman.

En algunos mapas acaso distraídos, la palabra Siberia se deletrea sobre una extensión que ocupa más de tres cuartas partes de la actual Federación Rusa y abarca siete husos horarios; supongo que imprimir la etiqueta «No podemos dar detalle de esta región ciclópea» es cartográficamente inadmisibile. George Kennan, telegrafista y explorador, autor del clásico *Siberia and the Exile System* (1891), explicó a sus lectores la magnitud de la cosa de esta manera: si fuera posible trasladar países enteros de una parte del mundo a otra, «se podría sacar a todos los Estados Unidos de América, de Maine hasta California y desde el Lago Superior hasta el Golfo de México, y ponerlos en medio de Siberia, sin tocar en ninguna parte los límites de este último territorio». ¿Grande, crees? ¡Aún hay más! Luego, podrás tomar Alaska y «todos los Estados de Europa, con la sola excepción de Rusia, y encajarlos en el margen restante como las piezas de un mapa diseccionado». ¿Enorme, dices? ¡Pues eso no es todo! Porque, tras haber embutido allí los Estados Unidos (Alaska incluida) y Europa (excepto Rusia), «todavía tendríamos más de trescientas mil millas [una milla, 1609 metros] cuadradas de territorio siberiano». Esto es como cuando me hablan de dinero en miles de millones, me comporto como si lo entendiera, pero no me cabe en la cabeza, ni en la imaginación. Agorafóbicos, abstenerse.



Dersú Uzalá.



Cubierta de *Billete al fin del mundo*, de Wolmar.

Para más inri, muchos de los mapas de los que disponemos no hacen justicia a esa grandiosa masa de tierra por razones que algunos consideran prácticas, y otros tildan de ideológicas: «Para ajustarla a la página generalmente se la representa a una escala mayor que otros países, lo cual se justifica por la escasez de ciudades y pueblos», lamenta Christian Wolmar en *Billete al fin del mundo*¹.

Normal que la desconfianza en los mapas esté arraigada, tantas veces con motivo, nunca por idénticas razones y desde hace mucho. En 1856, Juan Valera formó parte de la embajada extraordinaria ante la corte del zar presidida por el duque de Osuna y destinada a restablecer los lazos diplomáticos entre España y Rusia, rotos en 1833 después de que Nicolás I (1796-1855) apoyara al carlista Carlos María Isidro como candidato al trono. Durante su desempeño, Valera no dejó de escribir misivas, que podemos disfrutar a lo largo de dos volúmenes titulados, concisamente, *Cartas desde Rusia*. En una de las tempraneras, fechada en San Petersburgo el 23 de diciembre y dirigida a su correspondiente más habitual, el diplomático y escritor Leopoldo Augusto de Cueto, expresa sus muchas dudas sobre el servicio cartográfico del país que lo acoge:

Lo primero que he aprendido de todas estas ciencias exactobélicorrusas es que hay en ellas algo de sofisticado. Por ejemplo: el magnífico plano, o como deba llamarse, de todas las regiones del Cáucaso. Allí están en relieve las montañas donde Schamill se guarece y las que domina Sepher-bajá. Allí se puede señalar con el dedo la roca fulminada, donde el Poder y la Violencia encadenaron al Titán filantrópico; allí el desfiladero que conduce a Tiflis; el monte Ararat más lejos, coronado de nieve, y aun guardando acaso en su cima aquellos restos del Arca, que vio el infante don Pedro de Portugal; la Georgia en medio; la Armenia y la Persia por otro lado, y, principalmente, aquella extremidad del Imperio ruso donde viven los güebros y guardan en un templo el fuego inextinguible y divino.

Ojo con los güebros. Aprendo que también se les llama gauros, que es como nominaban los mahometanos a los persas que, tras la derrota de su último rey

¹ Si no se indica otra cosa, todas las citas de Wolmar pertenecerán a este libro fundamental.

a manos de los califas, habían conservado la antigua religión de los magos. En fin. La desconfianza de Valera desemboca en una pregunta:

¿Cuándo habrán podido ellos conocer la topografía de lugares, en muchos de los cuales no han puesto los pies nunca, ni cuándo han tenido tiempo de medir exactamente las montañas y de determinar su posición y su forma, para poder fabricar este retablo de Nochebuena? Los mapas extensos y circunstanciadísimos que tienen de cada provincia del Imperio, aun de las más remotas que tocan a la China, han de ser también o fingidos en gran parte, o milagrosos, o han de implicar el trabajo y las observaciones de siglos.

A quien, con el transcurrir de los años, llegaría a ser autor de *Pepita Jiménez* («Todos dicen que es muy linda. Yo sospecho que será una beldad lugareña y algo rústica»), le hubiera gustado leer siglo y medio después, en 1988, la confesión de Víktor R. Yáshchenko, cartógrafo en jefe de la URSS, al diario *Izvestia*: por orden de la policía secreta, llevaban desde finales de los años treinta falsificando de manera sistemática y deliberada prácticamente todos los mapas públicos del país, extraviando valles y calles, distorsionando fronteras, omitiendo detalles geográficos. «Se movieron carreteras y ríos. Los distritos de la ciudad estaban movidos. Vías y casas estaban señalizadas incorrectamente. Por ejemplo, en el mapa turístico de Moscú solo son precisos los contornos de la capital». Y claro, los vecinos no reconocían su patria en los atlas y los viajeros andaban por donde podían, saltándose pueblos y ciudades borrados, al tentón. «Si busco en los mapas / que nos dieron al llegar / me pierdo en la recta sin trazar», podían haber cantado (de haber anticipado a Vetusta Morla) esos seres a la deriva.

Las personas que trataban de orientarse eran víctimas de cartas adulteradas fruto de una voluntad política, pero también debían andarse con ojo en los espacios liminales, había fronteras discutibles, y por lo tanto discutidas. El trazado de la línea divisoria entre Rusia y China ha sido tradicional objeto de controversia, el último acuerdo se firmó en 2008 pero no zanjó la discusión. Más recientemente, tras la invasión de Ucrania, el jefe de los servicios de inteligencia de ese país, Kirilo Budanov, concedió una entrevista con, al fondo, una Rusia tuneada cuyo contorno, trazado a mano, dibujaba un mapa de los deseos en el que Ucrania dominaba las regiones limítrofes de su invasor; el Cáucaso ruso había abandonado la Federación; Kaliningrado estaba de vuelta en Alemania y en

Carelia ondeaba la bandera de Finlandia; las regiones asiáticas centrales constituían una nueva república, el Lejano Oriente era chino y las Kuriles, por fin japonesas. ¿Y Rusia? Rusia era una cosita capitidisminuida, recluida en los estrechos confines de la actual Rusia europea, y no entera.

Como ven, hay que desconfiar de los mapas. Pero, esa es otra historia.

Queda escrito, fue el terrible Iván, el zar originario, quien decidió autodenominarse señor de la tierra siberiana; sin embargo, el primero en hollar Siberia fue el último, Nicolás, bien es cierto que siendo todavía zarévich o, como se decía entonces, *cesarévich*.



Atentado contra Alejandro II en el canal Ekaterimburgo de San Petersburgo.

El heredero alimentaba una sincera pasión por ese territorio propio, parte esencial, remota, misteriosa y por completo ajena a los usos y costumbres de la corte, del Imperio que él estaba llamado a dirigir. Paradójicamente, ese entusiasmo por la tierra abierta nació en un encierro. En 1881, el zar Alejandro II (1818-1881) había sido asesinado en un atentado terrorista. Simon Sebag Montefiore reproduce la escena: el niño se encontraba a punto de salir a patinar, cuando llegó la noticia al palacio de Aníchkov.

Sasha bajó corriendo las escaleras. Segundos después, Minny y él, acompañados del pequeño Nicolás con sus patines de hielo, corrían en el trineo hacia el Palacio de Invierno, donde acababa de llegar el primer médico. [...]

Sandro agarró el brazo de Nicky, mortalmente pálido, vestido con su traje azul de marinero y empezó a llorar.

—Firmeza, hijo mío, firmeza —dijo el imponente Sasha, agarrándolo del hombro.

Nicolás, Nicky, vio morir a su abuelo, cuenta Constantine Pleshakov, vio «el cuerpo convulsionado yaciendo en un charco de sangre». Peor aún, el «largo funeral de Estado que siguió estuvo acompañado por el hedor a carne desgarrada en rápida descomposición». El niño no era particularmente sensible ni frágil, pero quedó obviamente «conmovido por la muerte violenta, cruel e inmerecida del zar reformador».

El miedo impulsó a Sasha-Sandro, ya convertido en Alejandro III (1841-1894), a dejar la bombástica San Petersburgo y establecerse en la calma de un suburbio... No me malinterpreten, siempre en un palacio, a la sazón el de Gátchina, 45 kilómetros al sur de la capital, donde la emperatriz María Fiodorovna, Minny, obsesionada con la seguridad de sus hijos, se desvivía por alegrar su monótona existencia.

En el programa de actividades figuraban las visitas de Nikolái Mijáilovich Przhevalski (1839-1888), un explorador nacido en Karakol, antaño parte del Imperio ruso, hogaño localidad de Kirguistán, con un cuaderno de viajes bien cumplido: solo en 1869 y 1870 había ido a Irkutsk, recorrido el lago Baikal, llegado a Mongolia y cruzado el desierto de Gobi; y en esa y en expediciones posteriores pisó la China Occidental y Tíbet (a veces, al tiempo que se desempeñaba como espía para el gobierno ruso). Era, pues, un tipo aguerrido. Y un coleccionista de flores y animales desconocidos (y de secretos políticos y militares). Todo lo cual debía hacer de él un personaje irresistible para un crío que vivía entre temores y algodones.

En cualquier caso, Pleshakov sostiene que la fascinación de Nicolás por Asia probablemente habría quedado insatisfecha si no hubiera coincidido con un impulso nacional hacia el Pacífico. Un impulso que algunos equiparan a la conquista del *far west*. No era sencillo ir, menos aún ir y venir, a las regiones más remotas de la remota Siberia, el viaje exigía una voluntad de acero porque, lejos de ser cuestión solo de días o semanas, se convertía en una tarea de meses, cuando no de años, dependiendo de a qué parte de esa Siberia descomunal quisieras ir (de San Petersburgo a Irkutsk hay unos 5700 km; llegar desde ahí hasta Vladivostok supone recorrer otros cuatro mil).

Ya mordido por la tuberculosis, Antón Pávlovich Chéjov emprendió un viaje cuyo destino final era una colonia penitenciaria en la Rusia más salvaje, la isla de Sajalín. «El Amur es un río muy hermoso», escribió el 27 de junio de 1890 en una carta dirigida a Alexéi Suvorin. «Me dio mucho más de lo que esperaba y hace tiempo que quería compartir mi entusiasmo con vosotros. Pero esta chusma de barcos que traqueteó durante siete días me impidió escribir». Sus penalidades son un palidísimo reflejo de las de tantos viajeros osados o forzados, que hicieron el mismo camino.

Ese de Chéjov era un tiempo en el que la columna vertebral del sistema ruso de transportes la conformaban los ríos. En ausencia de hielo, los transbordadores

permitían navegar por las corrientes abundantes y a mediados del siglo XIX, en algunas partes, en algunos cauces, se disponía de grandes vapores de ruedas con los que completar rutas de más de 1500 kilómetros. Se trataba, no obstante, de carreteras de temporada, inexorablemente, los helores dictaban su ley y reducían la usabilidad, a lo sumo, a cuatro o cinco meses al año; y la vida económica de un país no puede estar suspendida durante siete u ocho meses.

Paradójicamente, aunque pudiéramos creer que viajar en primavera (¡el deshielo!) o en verano (¡el calor!) tenía que ser más satisfactorio, al menos en Siberia la opción invernal, cuando los viajeros se veían obligados a recurrir a un *tarantás*, era infinitamente preferible a la estival.

El *tarantás* era un carruaje idiosincrásico, dotado de una tremenda personalidad. Cedo la página al escritor Vladímir Sollogub, que describe infinitamente mejor de lo que yo pueda jamás hacerlo este «asombroso invento de la mente humana»:

Imagínese dos largas masas, dos palos paralelos, inconmensurables e infinitos. En medio de ellos, como arrojada accidentalmente, una enorme cesta, redondeada por los lados, como una copa gigantesca, como un cuenco antediluviano. En los extremos de los palos se unen las ruedas, y toda esta extraña criatura parece desde lejos una especie de creación salvaje de un mundo de fantasía, algo entre una libélula y una carreta.



Dibujo anónimo de un *tarantás* para uno de los volúmenes de *Le Tour du monde*, fechado en 1894.

Tirada, añadiremos, por dos caballos y en la que cabían hasta cuatro personas que se sentaban sobre el suelo de la canasta como buenamente podían: el único con asiento era el conductor.

Igualmente incómoda era la *telega*, un modesto carro de carga campesino de cuatro ruedas, arrastrado por un solo un caballo. En su honor, diremos que se le atribuye el mérito de haber servido de inspiración para el primer automóvil a vapor del mundo: el *chariot à feu* (carro de fuego) o *fardier* (carro de artillería) que, propulsado por una máqui-

na de vapor de dos cilindros, construyó en Francia (1769) el ingeniero militar Nicolas-Joseph Cugnot.

A nadie debe extrañar, por todo lo expuesto y por lo no expuesto aún, que las voces pidiendo la construcción de una vía férrea siberiana fueran cada vez más numerosas, si bien no encontraron apoyo decidido, incondicional, en las altas instancias hasta el acceso al trono de Alejandro III. Sasha fue coronado en el último tercio de un siglo que había visto a Rusia triunfar sobre Napoleón (1812) y expandirse hacia el sur, el Cáucaso, y hacia el este, Siberia, sin llegar nunca a consolidar su dominio sobre estas tierras. Para entonces, las fortalezas y debilidades de las provincias orientales eran más que conocidas: entre las primeras, sus riquezas minerales; entre las segundas, su condición de frontera con China, aunque durante un tiempo no planteó demasiados problemas. Durante un tiempo. El nuevo zar vio en los ferrocarriles una herramienta de unificación... No adelantemos acontecimientos.

El primer tren ruso data de octubre de 1837, siete años después del viaje inaugural del Liverpool and Manchester Railway, y salvaba la escasa distancia (menos de treinta kilómetros) que separaba San Petersburgo, capital del imperio, de Tsárskoie Seló, la Villa de los Zares. Su artífice fue Franz von Gerstner, que se vio obligado a renunciar a un plan mucho más ambicioso: su magín bullía con la idea de construir una red de líneas y esperaba ganarse el favor de Nicolás I haciendo hincapié en que el sistema también podía servir para desplegar tropas por todo el país en cualquier momento y a gran velocidad; sin embargo, solo pudo convencerlo para que autorizara esa suerte de camino de hierro piloto, que no fue financiado por el Estado, aunque sus impulsores se beneficiaron de medidas generosas, por ejemplo, no pagaron impuestos.

Ancho de vía elegido: 1829 milímetros.

Ese año murió Pushkin. Y, así lo afirmó el escritor, publicista y periodista Alexander Goryanin en un especial emitido por Radio Sloboda con motivo del centenario de la vía siberiana (el 26 de octubre de 2016), se presentó «el primer proyecto del ferrocarril siberiano», idea de Nikolái Ivánovich Bogdanov, «un hombre del que no se conserva ninguna información, [pero que] ya estaba proponiendo tender rieles desde Kiajta, en la frontera china» hasta Nizhni Nóvgorod.

El éxito del tren de Gerstner (bueno, su éxito y las crecientes exigencias militares) allanó el camino para la siguiente apuesta, que unió Varsovia, parte entonces del Imperio ruso, con la frontera entre Austria y Hungría. La primera travesía se

puso en 1839, en 1842 hubo que parar los trabajos por falta de fondos y, finalmente, se inauguró en 1848 (año en que entró en servicio la línea Barcelona-Mataró), a tiempo para transportar tropas y aplastar un levantamiento en Hungría. En esta ocasión, se optó por el ancho de vía estándar europeo, 1435 milímetros.

Justo el año del parón, 1842, Nicolás I había enviado una comisión de ingenieros a Inglaterra, Francia y Estados Unidos para verificar los hallazgos de una comisión anterior y buscar en el extranjero a quien pudiera encargarse de la construcción de un ferrocarril entre San Petersburgo y Moscú. El hombre providencial les esperaba en América, la delegación regresó convencida de que, de todas las personas entrevistadas, ninguna les había dado «información tan completa y satisfactoria sobre todos los puntos, ni les había impresionado tanto por poseer una habilidad extraordinaria como el mayor Whistler». El capitán de infantería Carlisle Allan, que es quien en 1937 refirió este asunto, asegura que el puesto que le fue ofrecido tenía un «salario inesperado»: doce mil dólares al año.

George W. Whistler, padre del pintor James Whistler, asumió inmediatamente sus funciones. Aunque nominalmente era el ingeniero consultor, actuó en todo momento como jefe técnico, lo cual le exigía trabajar con la Comisión Técnica de Ingenieros, integrada por nueve oficiales superiores del ejército ruso «cuyos celos demostraron ser obstáculos casi tan formidables como los obstáculos físicos», dice Allan. Su primer enfrentamiento se produjo menos de un mes después de su llegada. Al igual que la mayoría de los ingenieros europeos de la época, buena parte de la comisión estaba a favor de una línea de vía ancha, pero en un informe, Whistler manifestó una opinión distinta: «tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, las líneas de vía estrecha son las más baratas, seguras y mejores». Su plan fue rechazado con un solo voto a favor, el del coronel Mélnikov, integrante de la delegación que lo había elegido; pero Whistler no cedió y, con la ayuda de su valedor, logró que la comisión rectificara. Lamentablemente, no pudo completar el trabajo: murió en San Petersburgo el 7 de abril de 1849.

Ya en 1851, cuenta Garbutt, Nikolái Nikoláievich Muraviov (1809-1881), gobernador general de la Siberia Oriental, sugirió crear un vínculo entre sus territorios y la Rusia europea «en forma de una vía transcontinental sobre la que posteriormente se podría construir una vía férrea». No fue su único intento. La Sociedad Geográfica Rusa, en la biografía que le dedica, asegura que por tres veces trató de conseguir el favor del emperador para la construcción de un ferrocarril de Siberia, y que, en 1856, en su respuesta a un memorando del almirante Guen-

nadi Nevelskói (socio habitual del gobernador en sus expediciones) titulado «Sobre las actividades de la expedición de Amur», donde escribía sobre la necesidad de construir un ferrocarril, Alejandro II respondió recordando que Muraviov ya se había dirigido «con esta solicitud al difunto padre Nikolái Pávlovich [Nicolás I]. Pero el Senado rechazó esta propuesta. Y nosotros rechazamos este costoso proyecto».

Lo cierto es que comprendió antes que muchos que se necesitaba una vía para la defensa y el desarrollo económico de la región. Pero no le sirvió de nada. Le hubiera resultado práctico saber que no por mucho madrugar amanece más temprano; y que, en esta tarea de sembrar el país de balasto, la parte europea siempre iba a ser tratada de manera preferente, la convicción férrea (literal) de algunos no bastaba para que la mayoría sintiera la necesidad de tan gran esfuerzo, viera las ventajas inmediatas que reportaría a un país cuyas empresas privadas no estaban a la altura y el Estado no estaba capacitado. El zar y su gobierno (al menos, parte de él) se movieron siempre en la contradicción: por un lado, querían impulsar la industrialización; por otro, temían que la ampliación de la exigua base industrial rusa trajera, o alentara, la revolución. Resultado: las autoridades desoían las súplicas de la minoría más abierta de la aristocrática dirigencia, que comprendía que era la única opción de transporte viable para un país colosal, y no se plantearon seriamente la cuestión hasta que, a mediados del XIX, sus territorios comenzaron a verse amenazados por los intereses occidentales. El desarrollo de barcos de vapor eficientes en la década de 1840 y la finalización del canal de Suez en 1869 hicieron que llegar a la orilla rusa del Pacífico fuera más fácil para las principales naciones occidentales que para la propia Rusia, la mejora de las rutas de transporte impulsó las oportunidades comerciales y todo ello, recuerda Paul Bushkovitch, generó «temores entre la élite rusa de que la integridad territorial del país se vería amenazada». Mientras tanto, el imperio se desprendió de la Rusia americana, Alaska, vendida a los estadounidenses el 30 de marzo de 1867 por una perra gorda (7,2 millones de dólares).

La evidencia se iba imponiendo. En 1851 se inauguró el servicio entre San Petersburgo y Moscú, el Ferrocarril Nikoláiev (que, años más tarde, pasaría a llamarse Ferrocarril de Octubre), el de Whistler, aunque fuera terminado por quien tanto le apoyara, Pável Mélnikov. Los trabajos de diseño, estudio y construcción se habían desarrollado durante diez años, hubo necesidad de realizar grandes inversiones, aplicar soluciones técnicas originales y contar con una cantidad sig-

nificativa de mano de obra, según algunas fuentes, más de ochocientos mil trabajadores, en su mayoría siervos. «El 1 [13, según el calendario gregoriano] de noviembre será siempre un día memorable para Rusia», proclamó el *Sankt-Peterbúrgskie Védomosti*, porque se abrió al público «el ferrocarril que conecta nuestras dos capitales, la cabeza y el corazón de Rusia». Dicho sea de paso, algo se ha comentado ya, con un ancho de vía diferente: 1524 milímetros. Y van tres.



Trazado del ferrocarril Nikoláiev.

Si me entretengo en estas cifras disímiles es, de entrada, porque resulta llamativa la falta de un criterio único. Y también, porque las razones que llevaron a apostar por tal o por cual son objeto de discusión. El asunto no es baladí:

más allá de que vías más separadas permiten convoyes más cómodos («el amplio y perezoso ancho de vía ruso de sesenta pulgadas y media», que dijo Nabokov), está la cuestión de la conexión con el sistema ferroviario europeo.

Que nos lo digan a los españoles, aislados por nuestros caminos de hierro tradicionales de 1668 milímetros (y la vía estrecha, de mil) como consecuencia de una decisión adoptada en 1844, cuando un grupo de técnicos defendió que las accidentadas orografías española y portuguesa exigían aumentar el ancho de las caras internas de las vías. Es una de esas cosas que unen a Rusia con España.

Otra se expresa con el grito «¡No pasarán!». En 1993, entré con Rafa Poch, corresponsal de *La Vanguardia*, en el Parlamento ruso bombardeado y sin suministro eléctrico por orden de Yeltsin. Quienes resistían dentro, ateridos de frío y a la luz de las velas, desconfiaban: Откуда вы? ¿De dónde sois? Из Испании, contestamos. Y ellos, al saber que éramos españoles, levantaron el puño, exclamaron «¡No pasarán!» así, en castellano, y nos dejaron entrar. Lo hacían porque en la escuela habían aprendido que Rusia ayudó al gobierno legítimo de España en la Guerra Civil, y porque sentían que algo indefinible vinculaba a los dos pueblos europeos que, cada uno desde una punta del continente, habían frenado a Napoleón. Ignoraba entonces lo que sostenía Miguel de Unamuno: